

# Feminidades y masculinidades del cambio cultural de fin y principio de siglo

Rafael Montesinos\*  
Rosalía Carrillo\*\*

Existe una gran diversidad de interpretaciones sobre las identidades de género; sin embargo, siguen prevaleciendo aquéllas donde sólo parece existir una identidad femenina y una masculina: la víctima y el victimario. En este trabajo se presenta el producto de una larga investigación sobre el cambio cultural y el tipo de identidades que emergen en el marco de ese complejo proceso social. De tal manera que, haciendo honor a la esencia de *El Cotidiano*, los argumentos aquí presentados son más producto de la investigación empírica, en este caso de carácter cualitativo, que de una referencia teórica, a pesar de que sin ello hubiese sido difícil dar forma al material aquí presentado.

**P**ara no parecer políticamente incorrectos, iniciaremos manifestando nuestro reconocimiento al largo trabajo realizado por las especialistas en estudios de la mujer, así como al trabajo político de las feministas de todo el mundo. Sin embargo, después de seis décadas de análisis, discusión y lucha político-ideológica, hoy, con cierta pena, observamos una necia resistencia de la mayor parte de las especialistas a reconocer que dentro de los propios estudios de la mujer hay muchos temas, o expresiones femeninas, que no se

someten al esquema impuesto desde hace tantos años como un paradigma que todo interesado en estudios de género tiene que venerar.

En el caso de este trabajo presentamos esquemáticamente el cambio cultural explicándolo a través de las identidades femeninas y masculinas que, evidentemente, contemplan un campo mucho más amplio y complejo en el mundo de los géneros. Las identidades aquí presentadas proponen una variedad de éstas en las que se pone en juego la reconsideración de los planteamientos que nos heredó el feminismo en el terreno de los estudios de género, donde las mujeres con poder, o toda aquella expresión femenina diferente a la mujer víctima, así como las expresiones masculinas alejadas del despotismo patriarcal, son o eran

desconocidas como expresión de una realidad social compleja y diversa que queremos reconocer.

El trabajo que aquí proponemos es una propuesta de análisis para los estudios de género, sustentada en una ya larga experiencia acumulada a partir de esfuerzos concretados en publicaciones como *Las rutas de la masculinidad* (2002), *Masculinidades emergentes* (2005), *Perfiles de la masculinidad* (2007), *El conflicto entre los géneros y Mujeres con educación básica, universitarias y profesionistas* (estos dos últimos trabajos en proceso de publicación), pero sobre todo como producto del proyecto de investigación financiado por el CONACYT: *Estudios comparados sobre género. Educación, trabajo y violencia entre hombres y mujeres, 2010-2012*.

\* Profesor-Investigador del Departamento de Sociología, UAM-Iztapalapa.

\*\* Investigadora del proyecto financiado por Conacyt: *Estudios comparados sobre género. Educación, trabajo y violencia entre hombres y mujeres, 2010-2012*.

## El cambio cultural y sus posibles identidades femeninas

Dentro de la transición que aún se vive en nuestro país, se puede detectar el *proceso de cambio cultural* que ha permitido la emergencia de nuevas identidades femeninas. Así, se puede hablar de manifestaciones objetivas y subjetivas del cambio de la tradición a una modernidad en ciernes como la mexicana<sup>1</sup>. En ella, y seguramente en otras sociedades, las nuevas identidades femeninas nos pueden ayudar a explicar algo que por su propia naturaleza es muy complejo: el proceso social. Entonces, si analizamos la transformación de la mujer y la transformación de la familia, junto con la participación de la mujer en el mercado de trabajo y su incursión en la educación superior, estaremos en condición de dar cuenta más puntual del paso de la modernidad.

En el siguiente diagrama trataré de explicar cómo se perciben estos cambios a través de la transición:

da al hogar, a ser esposa obediente y madre responsable, encargada de las labores domésticas no remuneradas y de la crianza de los hijos, manteniendo la imagen de la familia nuclear y siempre portando el estandarte de la sumisión. Un rasgo que no debemos olvidar es que este papel de la mujer tradicional corresponde a la tipología de familia nuclear, en donde son resaltadas las figuras del padre proveedor, la madre reproductora y los hijos, como una estructura social legítima<sup>2</sup>.

En este primer bosquejo de una de las posibles identidades femeninas, la mayor importancia se sitúa en el buen funcionamiento de la familia y la mujer está relegada al espacio privado, siendo el espacio público un lugar para los hombres.

En esta etapa del cambio cultural, la mujer era, y en algunos lugares aún es, concebida como objeto perteneciente al hombre, por lo que éste tenía el derecho de hacer con su esposa lo que le placiera. En esta posesión de la figura femenina se han dado manifestaciones de violencia física,

**Tabla I**  
**Cambio cultural en la sociedad mexicana**

Tabla I Cambio cultural en la sociedad mexicana				
Tradición 				
Modernidad				
60's	70's / 80's		90's	2000 
Tradición	Cambio 1	Cambio 2	Cambio 3	Modernidad
Familia Nuclear	Familia nuclear en proceso de cambio	Familia nuclear con múltiples cambios	Divorcio	Nuevas formas de familia
Mujer = Madre/esposa	= pero sale al espacio público	= pero con disminución en el número de hijos	≠ Jefa de familia	Jefa de familia
Hogar: Trabajo doméstico no remunerado	Doble jornada/ trabajo remunerado	Doble o triple jornada/ incursión en la educación superior	=	Mujer trabajadora/ Trabajo remunerado con o sin trabajo doméstico
Sumisión	= ó ≠	= ó ≠ (equidad, equilibrio)	= ó ≠ (autonomía económica)	Autonomía

Fuente: Montesinos, Rafael y Rosalía Carrillo (2010). *El cambio cultural y la emergencia de identidades femeninas y masculinas* (mimeo). Proyecto financiado por SEP-CONACYT: *Estudios comparados sobre género. Trabajo, educación y violencia entre hombres y mujeres*, México.

En la primera fila —que corresponde a la Tradición— podemos observar a la mujer con todos los rasgos atribuidos y que Lipoviestky describe como “la buena mujer”: dedica-

emocional, económica, patrimonial y sexual que estuvieron apoyadas por el Estado, ya que éste no tenía ninguna injerencia dentro del espacio privado y, por lo tanto, el hombre

<sup>1</sup> Montesinos, Rafael (2005). *Masculinidades emergentes*. México: Miguel Ángel Porrúa/UAM-I.

<sup>2</sup> Leñero Otero, Luis (Coord.) (2008). *Políticas e intervenciones familiares*. México: UAM-I/Itaca.

disponía del consentimiento legítimo para hacer con su esposa lo que quisiera; hasta hace poco tiempo agredir (sobre todo sexualmente) a una mujer desconocida podía representar un delito grave, mientras que agredir a la esposa o hijas era considerado un delito menor.

Dentro del papel de sumisión, las mujeres no tenían derecho a opinar sobre el trato que se les daba, pues eran educadas para servir y obedecer a sus maridos y así ser bien vistas por la sociedad por el buen cumplimiento de su rol.

Cabe mencionar que el cumplimiento del rol femenino tradicional se dio en un número importante de mujeres; sin embargo, hubo quienes se sublimaron ante las imposiciones antes mencionadas. No obstante, para tratar de ubicar el cambio cultural habré de referirme a los comportamientos, acciones y actitudes que poseía el común denominador de las mujeres en México.

Para continuar, en la segunda fila del diagrama se pueden observar los primeros cambios tanto en las actividades de la mujer como en la estructura familiar. Aquí, la imagen de la mujer tradicional sigue siendo visible; sin embargo, ahora se ha integrado al campo laboral, ejecutando así una *doble jornada*: por un lado atiende las labores del hogar y, por otro, las labores de un trabajo remunerado que progresivamente irá siendo cada vez más necesario para la reproducción material de la familia. Esto traerá como consecuencia cambios en la estructura familiar, ya que la figura materna se ausenta del hogar el tiempo requerido por su trabajo remunerado.

A pesar de que los primeros trabajos que consiguieron las mujeres en este proceso de cambio fueron temporales o de jornadas laborales cortas (medios tiempos), el hecho de que la figura materna se ausentara del hogar incitó a los demás miembros de la familia a realizar acciones dentro del mismo mientras ella se encontraba ausente<sup>3</sup>. Sin embargo, el papel fundamental que la mujer tradicional realizaba para educar y cuidar a los hijos, fue quedando a la deriva.

Poco a poco los hijos se volvieron autosuficientes en el espacio privado, comenzando a responsabilizarse de algunos trabajos domésticos anteriormente realizados exclusivamente por la madre-esposa. Esto no quiere decir que la mujer se haya visto completamente liberada del trabajo doméstico, pues después de cumplir con su jornada de trabajo tenía que atender las actividades del hogar que los demás miembros de la familia no pudieron, o no quisieron, elaborar.

<sup>3</sup> Oliveira, Orlandina de y Marina Ariza (2001). "Transiciones familiares y trayectorias laborales femeninas en el México urbano". Cristina Gomes, *Proceso sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*. México: Miguel Ángel Porrúa/FLACSO.

En esta primera relación con el campo laboral, la situación de mujer sumisa pudo mantenerse tal cual se encontraba en el caso de la tradición o vivir modificaciones provocadas por el acceso al dinero, y con ello se dieron los primeros bosquejos de autonomía económica. Lo anterior nos remite a la idea de Simone de Beauvoir<sup>4</sup>, quien señaló que la independencia económica de la mujer sería la base para que alcanzara su autonomía.

En la fila tres —el segundo cambio— se puede observar que la mujer aún conserva rasgos tradicionales pero vive modificaciones significativas en cuanto a sus acciones. En este cambio la mujer no sólo se conforma con trabajar y cumplir con sus labores domésticas, sino que siente la necesidad de estudiar e inicia su incursión también en el campo escolar. Evidentemente este fenómeno no se generaliza para todas las mujeres, lo que determinará que aquellas que toman la decisión de llevar a cabo una carrera profesional, en realidad deciden que su relación se inclinó por un trabajo de carácter intelectual, lo que la colocará en mejores condiciones para competir en el mercado de trabajo.

Se puede dar la situación en la que primero inicien la carrera escolar y después se inserten en el campo laboral. Cabe, entonces, contemplar que las mujeres pasan de una doble a una triple jornada: seguirán cumpliendo con labores domésticas, aunque no en su totalidad, trabajarán y estarán inscritas dentro del sistema educativo. Esta incursión al campo educativo les permitirá aspirar a un mejor trabajo, pasar del trabajo manual al trabajo intelectual y, por tanto, incrementar su ingreso económico y colocarse ante el hombre como un ser que tiene un proyecto de vida propio, que no lo necesita para que la mantenga, y con una autonomía económica que evitará que sufra el despotismo masculino que anteriormente sobajaba a la mujer tradicional.

El hecho de que la mujer se ausente mayor tiempo del hogar, propiciará que los demás miembros de la familia ejecuten más labores domésticas y adquieran mayores responsabilidades en el hogar, por lo que la familia nuclear se verá afectada por múltiples cambios. El padre ya no será el único proveedor y tendrá que compartir responsabilidades de mando con su esposa, dando como resultado modificaciones en las relaciones de poder y, por lo tanto, en el funcionamiento de la familia.

Según Gomes, dentro de esta etapa de cambio hay una reducción en el tamaño del promedio familiar, el gradual desplazamiento de la figura del hombre como proveedor único, y la consecuente ampliación del número de hogares

<sup>4</sup> Beauvoir, Simone de (1949). *El segundo sexo I. Los hechos y los mitos*. España: Ediciones Cátedra.

con mujeres que realizan trabajo extradoméstico, así como el incremento de las separaciones y divorcios<sup>5</sup>.

En este proceso de cambio cabe la posibilidad de que la mujer siga manteniendo su actitud de sumisión o la modifique (que se da en gran parte de los casos), al igual que su relación con los varones, y que, con ello, surjan los primeros bosquejos del equilibrio en las relaciones de poder y en la equidad entre los géneros dentro y fuera del hogar.

En la fila cuatro –cambio número tres– la doble o triple jornada se mantiene pero, a diferencia del cambio dos, la familia se verá afectada por la dificultad que surge en la relación de pareja. La competencia que la mujer representa para el hombre pone en peligro la estabilidad en el matrimonio, y es en este punto de la transición donde se da el más alto número de divorcios a causa del *abandono* del hogar que la mujer hace. Este es uno de los principales factores que explican la crisis de la masculinidad<sup>6</sup>.

La familia nuclear se ve completamente afectada y se da una ruptura/divorcio, momento en el que se debe decidir quién se hará cargo de los hijos (en su mayoría es la mujer quien asume esta responsabilidad), y en el que se crean nuevos hogares a partir del divorcio; hogares monolíticos según Morales<sup>7</sup>.

La mujer deja de ser madre-esposa para convertirse en jefa de familia. Aquí, dejará su papel de esposa y se centrará en las labores que el trabajo le demanda, así como las actividades de una carrera profesional, si es el caso. Ella pasará a ser de proveedora secundaria a proveedora principal, pilar de ingresos económicos que garantizan el sostén de la familia.

Esta situación propicia que la mujer supere la condición de sumisa que la cultura Tradicional imponía anteriormente al género femenino. Alcanza la autonomía económica.

Cabe mencionar que en los casos donde no se propicia el divorcio, las relaciones de familia se ven de igual manera afectadas, y puede darse el caso de que el hombre tome de nuevo el mando y disponga total o parcialmente de los ingresos económicos de la esposa como una forma de control, o, por el contrario, que se adapte al cambio y modifique sus acciones para lograr la equidad y el equilibrio dentro de la relación; éste sería el ideal de la convivencia entre los géneros.

En este tenor es como, poco a poco, se va creando el puente entre la Tradición y la Modernidad, pues cada vez son más las mujeres que alcanzan las condiciones personales

<sup>5</sup> Gomes, Cristina (Comp.) (2001). *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica*. México: FLACSO/Miguel Ángel Porrúa, p. 33.

<sup>6</sup> Montesinos, Rafael (2002). *Las rutas de la masculinidad, ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Barcelona: Gedisa.

<sup>7</sup> Morales, Sofía Leticia (1996). "Familia, identidad y valores". *La familia: investigación y política pública* (pp. 35-47). México: UNICEF/DIF/COLMEX.

(la fila número cinco) que corresponden al paso hacia la Modernidad. Por tanto, las podemos ubicar como expresión de la fila número cinco.

En este punto, la mujer regresa a una jornada, pero ya no será la adjudicada al trabajo doméstico no remunerado, sino que su trabajo se centrará en las actividades de la mujer profesionista, para el caso de quienes estudiaron una carrera universitaria; y de emprendedora, para aquellas que salieron adelante por sus propios medios y se insertaron al campo de trabajo logrando ascensos dentro de la empresa, o que decidieron crear su propia fuente de ingresos<sup>8</sup>.

Como el trabajo les significa una buena remuneración económica, las mujeres se ven en la posibilidad de pagar, por lo regular, a otras mujeres para que realicen los quehaceres domésticos, a cambio de una remuneración mínima. En este estatus de poder económico, en cierta forma se estará reproduciendo de nuevo el juego de poder que se daba en la familia nuclear; pero ahora el papel del esposo será ejecutado por la profesionista/emprendedora, y el de la esposa por una trabajadora doméstica, quien, muchas de las veces, tomará el papel de la figura materna para los hijos y, aparte de las labores del hogar, apoyará con las labores de crianza.

En este proceso hacia la Modernidad han surgido nuevas formas de convivencia donde se crean, como años atrás, las familias numerosas, o como las llamarían Morales<sup>9</sup> y Trujillo<sup>10</sup>: *familias reconstruidas*, donde "las familias se reconstruyen en segundos y terceros matrimonios sumando a los hijos de cada uno de los cónyuges, y a los hijos producto de la nueva unión"<sup>11</sup>.

Es de esta forma que el planteamiento de cambio cultural toma importancia en las relaciones de poder entre los géneros, pues mientras la mujer consigue su desarrollo personal, físico, emocional y económico, el hombre debe adaptarse a los cambios que surgen dentro de su entorno, ya que su papel como proveedor y jefe de familia se verá modificado por los cambios que han surgido dentro del rol femenino, con lo cual se verá obligado a vivir también una transformación de su rol genérico, como propone Montesinos<sup>12</sup>.

<sup>8</sup> Martínez V., Griselda (Enero-marzo, 1996). "Mujeres con poder: nuevas representaciones simbólicas". *Revista Nueva Antropología*. México: UAM/GB Editores; Martínez V., Griselda (Enero-febrero, 1995). "Los retos de las mujeres ejecutivas ante el nuevo liderazgo". *Revista Nueva Sociedad*, núm. 35. Caracas, Venezuela; y Oliveira, Orlandina de y Marina Ariza, *op. cit.*

<sup>9</sup> Morales, Sofía Leticia, *op. cit.*

<sup>10</sup> Trujillo Landa, Adelina (2009). "Mujer, género y familias". Irmgard Rehaag, *Género, educación, violencia y derecho* (pp. 151-184). México: Biblioteca Digital del Instituto de Investigaciones en Educación de la Universidad Veracruzana.

<sup>11</sup> Morales, Sofía Leticia, *op. cit.*, p. 37.

<sup>12</sup> Montesinos, Rafael (2007). *Perfiles de la masculinidad*. México: PyV/UAM-I.

Es entonces como el cambio cultural se va dando paulatinamente en diversas comunidades de nuestro país, siendo las zonas urbanas y las semiurbanas las primeras en sumarse a este cambio, en tanto que las zonas rurales viven las modificaciones de forma atrasada. Esto se debe, tal vez, a que en nuestro país también estamos viviendo el cambio cultural a raíz de la imitación con otros países desarrollados, pues mientras que países como Inglaterra, Francia y Alemania iniciaron el cambio cultural hace más de sesenta años, en México aún seguimos en el proceso de transición. Este rezago en las concepciones sobre los géneros se refleja de igual manera en el desarrollo hacia la Modernidad. Sin embargo, los cambios están presentes y pueden verse múltiples ejemplos de mujeres y hombres que ya han podido dar ese gran salto hacia la Modernidad, que no es otra cosa que la ruptura con los estereotipos de hombres y mujeres tradicionales.

A partir de esto se esperaría que a mayor autonomía y mayor grado de individualidad femenina, las mujeres reaccionen y eviten los actos de violencia hacia ellas; sin embargo, las estadísticas aún muestran datos negativos al respecto, como veremos más adelante.

## El cambio cultural y sus posibles identidades masculinas

Parecería ser que la *Tradición* nos ofrece una sola interpretación de la identidad masculina, que en su condición patriarcal proyecta simbólicamente la imagen del hombre a partir de la superioridad sobre la mujer, y que en la versión benévola de la masculinidad hace aparecer al hombre como proveedor y protector de la familia. De ser así, es muy probable que sea el feminismo, como movimiento contracultural, el que nos abra la posibilidad de reconocer las primeras tipologías de la masculinidad, pues en todo caso la manera en que trató la condición social de las mujeres, como víctimas del abuso del poder masculino, rechazaba o al menos ignoraba la versión benévola que nos ofrecía la *Tradición*, destacando la expresión negativa de la masculinidad: el *machismo*; entendiéndolo por éste la exaltación de la superioridad del hombre sobre la mujer, lo cual da la pauta para comprender el ejercicio despótico del hombre que subyuga y arremete contra ésta, colocándola, en efecto, en un papel de víctima.

Por otra parte, pensemos que el estereotipo masculino que proyecta la cultura en el contexto de la *Tradición*, supone su aceptación colectiva, que será el referente para ejercer el papel coercitivo de la cultura. De tal forma que aquellas formas de expresión de la masculinidad, y desde luego de la feminidad, que no cumplan con lo

culturalmente establecido, serían reprimidas a partir de la *estigmatización*.

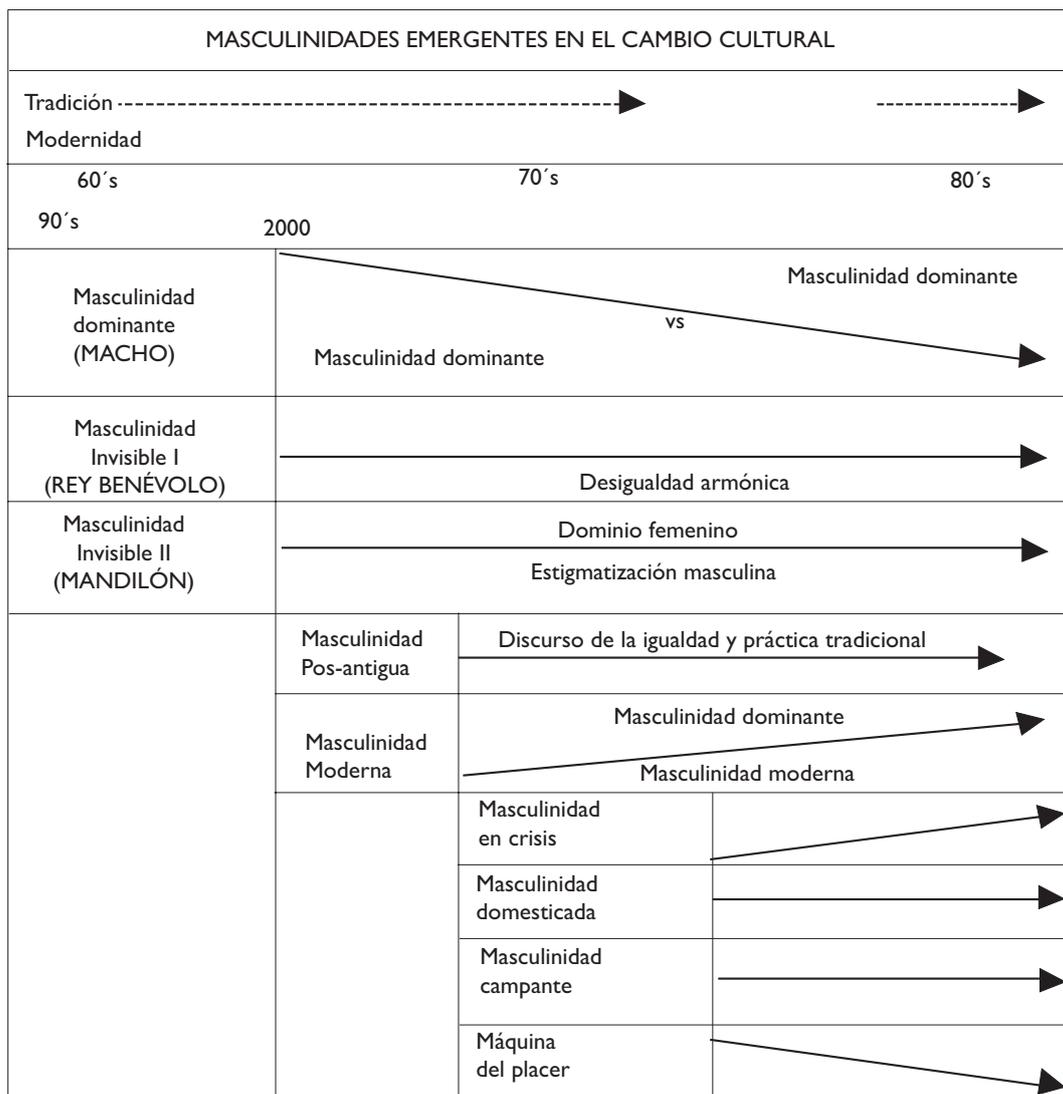
En la sociedad mexicana es el caso del *mandilón*, normalmente considerado como aquel que a pesar de cumplir con su papel proveedor, no ejerce el control sobre su mujer, no la somete de forma alguna. Esta tipología adquirió materialidad a partir de la presencia de hombres que ejercían su masculinidad sin imponer su poder a los demás, ni a la mujer ni a los hijos. Era el estereotipo del hombre desvalorizado por el solo hecho de manifestar sus sentimientos, rasgo más identificado en el pasado con el género femenino que con el masculino.

Visto así, entonces, la *Tradición*, con la cooperación del feminismo, nos heredan tres tipologías: el *rey benévolo*, el *macho* y el *mandilón*. Un ejemplo del menos analizado, el de una masculinidad sometida al poder de la mujer, es el testimonio que una joven profesionalista de 26 años de edad, nos dio en un *grupo focal*, respecto a los modelos de masculinidad que le rodean:

*Fernanda: Mi padre es el culpable de las cosas negativas que vivimos en mi casa. Es un cero a la izquierda, hace lo que mi mamá quiere. Para ella él es un tonto que no puede resolver absolutamente nada, que no toma decisiones... Mi papá nunca comentó algo sobre mi mamá, pero considera que sus hijas son más inteligentes que su hijo, que somos exitosas y que mi hermano es "un mediocre que está al cuidado de mami"... Por mi parte, tengo un novio muy comprensivo; me apoya en todo lo que yo hago, principalmente en mi carrera profesional. Nuestra relación es muy buena y normalmente nos vemos cuando yo tengo tiempo porque él todavía no tiene trabajo.*

Una posible expresión de la tipología del *rey benévolo* está dibujada a partir de un varón que, garantizando el mayor ingreso familiar, mantiene una actitud consciente con el rol que juega su pareja. Ello coincide en más de una forma con la idea que Moore y Gillette tenían sobre la *masculinidad madura*, la cual, sin duda, garantizaba en todo caso una relación armoniosa entre el hombre y la mujer. Es el caso del testimonio que nos ofreció "Raúl", un varón profesionalista, funcionario público de 53 años, que participó en un grupo focal que discutía el tema de la masculinidad:

*Raúl: En mi caso tengo una relación de igualdad con mi esposa, ella aporta el 25% del ingreso familiar, pero lo importante es que ella realiza actividades fundamentales para nuestra familia, además de que tiene una actividad laboral que la llena como persona, y le permite cumplir esas actividades. Yo tengo un trabajo que me absorbe muchísimo tiempo y definitivamente*



*requerimos de alguien que se haga responsable de las necesidades de la familia. En cuanto a las decisiones que se toman en la familia, las tomamos los dos, y los hijos saben que pueden recurrir para unas cosas al permiso mío o al de su mamá.*

Como se puede observar, esta tipología heredada por la *Tradición* también podría representar en la actualidad una de las primeras manifestaciones de una masculinidad que rechaza al *machismo*, porque, en todo caso, es obvio que el varón posee las *principales fuentes de poder* en la relación de pareja; sin embargo, está lejos de exaltar su superioridad, se muestra consciente de la función que familiarmente desempeña su pareja y, por tanto, mantiene una actitud y una conducta de respeto hacia ella.

Como en este caso, donde de alguna forma se reproduce la tradicional DST, la condición de las relaciones propiciadas por un varón que reproduce su práctica genérica a partir de lo que intentamos definir como *rey benévolo*, y una mujer que todavía se apegaba a una identidad determinada por el rol de madre/esposa, está determinado por cierto nivel de conciencia por parte del hombre, lo que le permite la expresión de una *masculinidad madura* que consiente la reproducción de relaciones familiares más afectuosas, alejadas del ejercicio despótico del poder que caracteriza a la *figura del macho*.

La siguiente tipología que proponemos es la del *varón pos-antiguo*, que es el caso del varón que tiene todas las condiciones para desempeñar el papel de proveedor, y que preferentemente espera que en su relación de pareja se

reproduzca el ritual de las diferencias entre hombre y mujer, sin la actitud de incidir en conductas próximas al machismo. Se trata de varones prácticamente dependientes del papel que juega la mujer tradicional en el espacio privado y que, por tanto, buscan la comodidad y la certidumbre que les ofrecen mujeres que aun teniendo la calificación suficiente para mantenerse decorosamente en el mercado de trabajo, también buscan la protección (afectiva) de su pareja. Normalmente pueden mostrar un discurso muy consciente de la igualdad entre los géneros, donde se reconoce el derecho de la mujer a marcarse un proyecto de vida a seguir. En este caso tenemos el testimonio que nos ofreció “Manuel”, en una entrevista donde tratamos sobre las relaciones entre los géneros; él es un varón soltero, exitoso profesionalista de 40 años.

*Manuel: Yo estoy convencido de los derechos de las mujeres, de hecho me gustan las mujeres intelectuales que sean independientes económicamente. Pero lo que sí, es que necesito que me hagan mis gelatinas, que me cuiden, que tengamos actividades juntos. La bronca es que yo no sé cocinar ni un huevo frito, así que necesito a alguien que me comprenda porque a estas alturas del juego va a estar muy duro que aprenda lo que no hice en tanto años. Ya comeremos hamburguesas o saldremos a un restaurante. Yo tengo mucho trabajo y no lo puedo sacrificar por actividades que no se me dan.*

La posible expresión de la tipología que denominaremos el *varón en crisis*, es el caso de hombres que por las circunstancias que les impuso la crisis económica se ven confrontados por su pareja, provocando el caos en la relación, ya sea propiciando el rompimiento o generando una relación cotidianamente conflictiva. Como ejemplo de esta tipología, el *varón en crisis*, tenemos el testimonio de “Roberto”, hoy de 61 años, un empresario venido a menos por cuestión de una enfermedad que lo puso al borde de la muerte. Diez años atrás pasó dos años hospitalizado, por lo que los recursos reunidos hasta ese momento se fueron consumiendo y lo que requería la familia lo ofrecía su mujer; una ama de casa convertida en una intelectual (escritora) exitosa, que vendía lo que producía, y que, por tanto, garantizaba su autonomía respecto de “Roberto”. La cuestión es que conforme se fue haciendo más evidente la crisis económica y él no pudo colocarse decorosamente en el mercado de trabajo, la relación de pareja se fue diluyendo. Esta es una parte del testimonio que “Roberto” nos ofreció para hablar de su historia:

*Roberto: Cuando las cosas iban bien no tuve problema alguno con mi mujer, viajes, buenas comidas, fiestas... toda*

*la comodidad del mundo. El problema empezó a raíz de mi enfermedad (leucemia). Todo fue cuestión de que se acabara la lana y se acabó el amor; duramos un buen tiempo sin tener relaciones sexuales, todo se volvió reclamos, me pasaba cuentas del teléfono, la colegiatura de los hijos (dos: una mujer de 16 años y un varón de 22), se quejaba de la carcacha que teníamos, todo era bronca. Las cosas se fueron acabando y de la relación no quedó nada; yo aguanté casi cuatro años con esa situación porque la amaba y creía que yéndome bien las cosas volverían a ser como antes; pero conforme pasaba el tiempo ella se hacía más soberbia y me echaba en cara, a grito pelón y con mentadas de madre, que ella era la que mantenía la casa. No era que yo dejara de dar dinero, pero francamente era casi nada, la economía estaba del carajo, mientras ella se hacía cargo de lo básico y de sus cosas. Le fue tan bien que se compró un carro, y yo de a pata. Poco a poco fue haciéndose más claro que ya no había nada, pero aguantaba más sólo por mis hijos: yo no les iba a dar un mal ejemplo, yo no me iba a arriesgar a que ahora me reclamaran que había renunciado a la familia. Yo puse todo de mi parte, pero las cosas no salieron bien. Como dice el dicho: “cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana”.*

Se trata del caso de varones que la realidad social los obligó a modificar su conducta ante las mujeres, quienes tomando el reto de forjarse un futuro quedan en condición de rechazar el someterse al poder masculino, sobre todo si no existe alguna razón objetiva para pensar que lo tengan que hacer. Son varones que viven el cambio cultural en total conflicto, pues ya no cuentan con la identidad que la *Tradición* les ofrecía, en la cual por el solo hecho de ser hombres eran blanco “natural” de privilegios sociales. Evidentemente, se trata de varones que sufren su condición de subempleo o de desempleo, y que culpan a “la suerte” por la crisis económica. Normalmente no tienen referentes para pensar de una manera que les evite el inculparse por el fracaso; a veces ellos mismo ponen en duda su identidad masculina, pues se saben incapaces de colmar las características que la *cultura tradicional* exige para ser hombre de verdad.

El caso de la tipología del *varón domesticado* es aquella donde éste ha aceptado una relación de igualdad porque simple y sencillamente ha establecido relación con una mujer que, al acceder a alguna forma de poder, controla un recurso indispensable para ejercerlo legítimamente: el dinero. Se trata de varones que al encontrarse en desventaja económica con su pareja, reproducen las diferencias entre los géneros, pero colocando a la figura masculina en una situación de inferioridad, aunque sus ingresos sean suficien-

tes para mantener una vida decorosa. Esta tipología de la masculinidad podría expresarse como una suerte de *sometimiento consciente*, en la medida en que el varón reconoce los méritos de su pareja, ya sea que éstos provengan de una carrera profesional exitosa que haya generado un ingreso lo suficientemente alto como para tomar el control de las decisiones que se toman en la relación; o por la capacidad emprendedora que coloque a la mujer como una empresaria exitosa. El poder que la mujer adquiere al controlar el recurso del dinero garantiza con su participación un *status quo* que coloca a la familia en un cómodo nivel de vida, que no podría mantener el solo ingreso del varón. Los méritos que la mujer hace en su carrera profesional le conceden todos los honores que la sociedad contemporánea ofrece a las personas que han alcanzado el éxito, ensombreciendo los avances que, por su parte, realiza el hombre.

Por otra parte, la misma desventaja en relación con el poder, propicia, sin necesidad de explicitarlo, las condiciones para renegociar las relaciones entre los géneros; y el varón despojado de la posibilidad de imponer su voluntad en las decisiones significativas de la familia, queda “dispuesto” a participar en la reproducción del espacio privado. Esta desventaja es la que permite, en el análisis sobre las relaciones de género, dar la relevancia que requiere el papel que juega el trabajo como elemento de poder.

Para ejemplificar la tipología del *varón domesticado* tenemos el testimonio que nos ofreció “Miguel”, profesionalista de 48 años de edad, al tratar el tema de su relación de pareja en una entrevista *ex profeso*:

*Miguel: La relación con mi pareja es de igual a igual, yo la admiro mucho, hago públicos sus méritos de manera que los que la rodean no tienen dudas en hacer reconocimiento de sus éxitos. Y los dos resolvemos las cuestiones del hogar participando de igual manera: lo mismo cocino o hago limpieza, si es que no tenemos quién nos ayude, pues cuando contamos con sirvienta simplemente los dos nos descargamos de los trabajos de la casa. Lo que en todo caso hace diferencia con ella son los ingresos que percibimos uno y otro; en ocasiones he ganado la tercera parte de los ingresos que ella gana y a veces la mitad. En esa situación ni qué discutir, ella siempre tiene la razón a la hora de decidir qué vacaciones se toman, qué vehículo se compra, qué escuela se elige para las hijas, etc. No se pone a discusión quién tienen el poder, simplemente ella decide cómo utilizar su dinero. Diferente fue cuando emparejamos el nivel de ingresos; ella se quedó acostumbrada a decidir y yo simplemente le decía que me gustaban sus opiniones, pero que mi dinero lo iba a utilizar para tal o cual cosa. Ella no quedaba*

*conforme, pero de igual manera que comprendía que ella tenía el derecho de tomar las decisiones sustantivas, ahora yo las tomaría, al menos las correspondientes a mis ingresos. Esa situación es lo que generó una mejor situación para negociar entre ella y yo. Antes quedaba claro que mi dinero era de los dos, y que el suyo, suyo seguiría siendo.*

Como se puede observar, la igualdad de circunstancias en la pareja puede ser un elemento fundamental para crear una relación más equitativa entre hombres y mujeres. La desigualdad siempre inclinará el fiel de la balanza del lado del que tenga mejor posición del poder.

Tenemos otra tipología que hemos denominado a partir del término el *varón moderno* y contempla a hombres muy representativos de la *Modernidad*; esto es, a varones que sin lugar a ningún tipo de dudas tienen la idea de la igualdad entre los géneros. Valoran a su pareja por el solo hecho de serlo, y están felizmente dispuestos a participar en todas las actividades que una familia requiere para su reproducción social. Es el caso del testimonio que ofreció “Adrián”, profesionalista de 46 años de edad, en un grupo focal que discutía sobre las diferentes formas de vivir la masculinidad:

*Adrián: En mi caso existe una relación igualitaria, ganamos casi lo mismo, los dos nos hacemos cargo de las necesidades que tengamos, ya sea que se trate de cuidar a nuestra hija, ya sea que se trate de hacer el mercado, o de las labores de la casa. Yo no tengo ningún problema en cocinar o planchar, así que nos organizamos fácilmente, de lo contrario no saldríamos adelante. Las decisiones de lo que se hace, lo que se gasta, todo... lo hacemos los dos, siempre en acuerdo.*

Esta tipología se aproxima mucho a la idea de la *masculinidad madura*, la cual permite hacer uso de las facultades masculinas en beneficio de la pareja, se generan relaciones más libres de prejuicios sociales, y se expresan libremente los sentimientos.

El caso de la tipología del *varón campante* alude a la cómoda posición que tienen los varones por el avance de la *Modernidad*, es decir, son aquellos que se ven beneficiados por la presencia de las mujeres con poder; quedando en una situación de despreocupación respecto al papel económico que juegan en la familia. Se trata del caso de varones cuyos ingresos son poco significativos para la reproducción de la familia, sin que esto afecte su nivel de vida, puesto que los ingresos de su pareja son más que suficientes para vivir cómodamente. A este tipo de varones no les preocupa mantener un trabajo ni hacer los méritos requeridos para mejorar sus condiciones laborales; igual y están dispuestos a colaborar en las tareas domésticas

si es que se encuentran en el desempleo. No cuestionan el poder que ejerce su mujer, pues eso no provoca una conducta recriminante hacia su persona. Ellos se conforman con decir, como “Germán”, profesionalista de 38 años de edad:

*Germán: Gano poco pero no me presionan en ese trabajo; el día que se compliquen las cosas renuncio y, total, busco uno nuevo. Siempre hay un lugar donde empezar. Lo importante es que con mi mujer tengo una buena relación y las cosas marchan bastante bien; mis hijos no necesitan nada como para que yo tenga que soportar un trabajo que me quite el tiempo para atenderlos a ellos.*

Este tipo de varones normalmente están casados con profesionistas exitosas y mujeres emprendedoras que resuelven fácilmente los problemas que se le presentan a la familia. Sin embargo, valoran la compañía de un hombre que las quiera y las proteja. La mejor empresa para un *varón campante*.

La última tipología que presentaremos es la que denominamos con el mote de la *máquina de placer*, y es el caso de varones vertidos todo el tiempo a seducir a alguna mujer, cualquier mujer. Lo importante para ellos es lograr que éstas accedan a sus deseos sexuales; son el prototipo del seductor que dedica su cuidado y atención hacia aquella que constituye momentáneamente el papel de la presa, cuyo reinado dura hasta que no caiga de la gracia de la *máquina insaciable de placer*. Como decía Paz en la *Llama doble*, es el prototipo de hombres que tienen una *insaciable hambre sexual*. Se trata de un tipo de varón beneficiado por el paso de la *Modernidad* en cuanto a la liberación sexual de la mujer. Esto le ha ampliado sus posibilidades de estar más tiempo en la cama con alguna mujer, de la cual se harta cuando ésta quiere pasar del sexo al amor y del amor al matrimonio. Momento exacto en que hay que echarla fuera de la cama. Normalmente estos hombres se vuelven con el tiempo incapaces de mantener una relación sentimental, pues esto los ata. Por ello todo se reduce al intercambio sexual. Se trata de solterones o de hombres que han sentado cabeza y que no pueden mantener la calma en una relación matrimonial, pues les limita su necesidad animal de saltar de cama en cama. Es el ejemplo que obtenemos con el testimonio de “Federico”, profesionalista de 44 años de edad:

*Federico: Lo que pasa es que todas las mujeres tienen algo bonito, algo que te atrae. Pero lo que sí es que todas quieren estar en la cama, y siempre están dispuestas a pasarse un buen rato. No hay como salir al antro y luego llegar a casa y con toda tranquilidad despertarte al otro día. No tienes el problema de la rutina de una esposa, no. Salen, se arreglan, le echan ganas a la*

*relación y te la pasas a toda madre. El problema es que muy rápido quieren formalizar la relación y entonces... Las cosas dejan de funcionar de inmediato, y ni modo, a buscar otra candidata que comprenda que el amor es cuestión de tiempo.*

Este tipo de varones viven la contradicción de probar su masculinidad, primero conquistando al mayor número posible de mujeres, sin mediar concepto alguno de belleza, pero también añorando tener un hijo y cumplir el soñado ciclo de vida que en este caso termina procreando, ¿qué mejor forma de confirmar que se es un hombre?

## A manera de conclusiones

Una forma de allanar la discusión sobre las identidades genéricas es discutir el impacto que tiene el *cambio cultural*, pues el debate respecto a la emergencia de nuevas identidades tanto femeninas como masculinas, está polarizado por una perspectiva que continúa “denunciando” el papel de víctima que social y culturalmente ha jugado la mujer, sin considerar el avance de la *Modernidad*; otra, es destacar la emergencia de una masculinidad que, sin estar todavía definida, parece decidida a renunciar a la masculinidad tradicional: aquella que supone la superioridad sobre la mujer.

Se trata, entonces, de reconocer el cambio gradual que las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales, han sufrido en las últimas cuatro décadas. Y, de aceptarse así, cuestionarnos si es posible pensar en el cambio cultural, en la transformación de la sociedad, y en la persistencia de las identidades genéricas que caracterizaron a la *Tradicición*. Evidentemente el problema es determinar el punto de avance del proceso del cambio cultural y, por tanto, reconocer una amplia gama de posibilidades de expresión concreta de dicho proceso. Tal diversidad, en todo caso, tiene que ver con la esencia de la cultura y la especificidad de cada pueblo o grupo social al que nos refiramos.

En ese sentido, el choque cultural entre la *Tradicición* y la *Modernidad*, que presume el proceso del cambio cultural, se expresa, inevitablemente, a partir de la coexistencia de formas simbólicas y prácticas sociales, haciendo depender la perspectiva de quien observa esa realidad social, del dominio de una u otra forma cultural. En todo caso, lo que es inobjetable es que el cambio cultural es una realidad de fin y principio de siglo, condición por la cual se dice que la *Modernidad*, o la era de la globalización, se caracteriza precisamente por el *cambio incesante*, por la *incertidumbre* que provoca la *dinámica de los cambios políticos, económicos y culturales*. De tal manera que la presencia del pasado a

partir de identidades femeninas que todavía reproducen una posición subordinada, no quiere decir que las *nuevas identidades femeninas* sólo sean una excepción y no producto del paso de la *Modernidad*. Y viceversa, que la *Modernidad* presuponga la superación de formas despóticas del poder, cuando todavía se observan los excesos del poder masculino que somete despóticamente a la mujer.

La diversidad cultural, por tanto, se manifiesta con expresiones concretas de la reproducción social en las cuales, dependiendo de la especificidad de cada una de ellas, podremos observar situaciones que hacen evidente la persistencia del dominio masculino, y en otras el posible acceso de las mujeres al poder. Todo depende de la circunstancia concreta del proceso del cambio cultural. Sin embargo, no se puede perder de vista que la *Modernidad*, en una de sus posibles expresiones, aparece cuestionando el ejercicio autoritario del poder, sea en el espacio público o en el privado. En algunas sociedades, particularmente las avanzadas, el mismo marco del *Estado de Derecho* propicia una relación entre hombres y mujeres de una manera muy diferente a la que acontece en sociedades precariamente democráticas, por lo cual observamos la persistencia de muchas prácticas del pasado, como si la *Tradicición* se resistiese a ceder el paso a la *Modernidad*. Por ello es pertinente recordar aquella idea con la cual Bell llamó nuestra atención sobre la profunda diferencia en los procesos de cambio de las estructuras económicas y políticas, por un lado, y las culturales, por el otro. Las primeras pueden registrar un cambio radical de un momento a otro, al grado de no dudar del paso de la *Modernidad*; las segundas, invariablemente, presentan un paso tortuoso en el cual las posibles incoherencias entre los símbolos y las prácticas, entre los discursos de los sujetos sociales y los actos, sugieren una dinámica mucho más compleja y en ocasiones engañosa.

No obstante, consideramos irrefutable la transformación gradual de las identidades genéricas, ahora, en particular, el de la masculinidad, que sin necesidad de predominar en el contexto de las prácticas sociales, abre paso a la reformulación de nuevas formas de expresión de esa identidad. Aspecto que en este ensayo fue tratado a partir de esbozar algunas tipologías que reflejan la presencia del pasado, pero, sobre todo, del paso de la *Modernidad*, y con ello la crisis de la masculinidad tradicional.

La primera conclusión tiene que ver con la irreductible relación entre cultura e identidad, pero sobre todo con la manera en que las estructuras sociales determinan la forma que adquiere la identidad, a partir de prácticas sociales concretas. De tal suerte que si hablamos de un cambio cultural,

necesariamente estamos esperando reconocer las nuevas identidades que subyacen en dicho proceso.

En esa misma perspectiva y considerando la interrelación existente entre la economía, la política y la cultura, planteamos que la estructura más significativa de la sociedad es la proveniente de la *división sexual del trabajo*, y por tanto, la más significativa para definir la identidad tanto de hombres como de mujeres. Así que considerando el papel que juega en la *Tradicición*, superada la *división sexual del trabajo*, inevitablemente se transforma la identidad de uno y otro género, porque en principio ésta *ya no excluye a la mujer del trabajo remunerado y rompe con su confinamiento en el espacio privado*. Se diluye la figura de la *familia nuclear* y la *Modernidad* abre paso a nuevas formas de organización familiar, ya sea *matrifocales* o *patrifocales*.

En todo caso, el primer problema que el analista enfrenta cuando busca definir de la manera más pertinente la identidad masculina o femenina, es que los propios hombres no encuentran diferencias que no sean las estrictamente biológicas, que les permitan consolidar su sentimiento de pertenencia y que, al mismo tiempo, les hagan distinguirse de las mujeres. Efecto del cambio cultural que ha diluido las diferencias entre los géneros.

Al intentar considerar específicamente la emergencia de nuevas identidades masculinas, se propuso una tipología lo más adecuada a la práctica cotidiana, que captara las diferentes formas de expresión de la masculinidad que se manifiestan en la actualidad. Éstas son las heredadas por la *Tradicición* y el feminismo: el *rey benévolo*, el *macho* y el *mandilón*. Y, segundo, las masculinidades emergentes en el proceso de cambio cultural: el *varón pos-antiguo*, el *varón en crisis*, el *varón domesticado*, el *varón reflexivo*, el *varón campante* y la *máquina de placer*. La presencia de estas tipologías demuestra la coexistencia de patrones de conducta de los géneros correspondientes al pasado, la *Tradicición*, y los que caracterizan a la *Modernidad*, al tiempo socialmente nuevo.

Como se puede observar en los testimonios que hombres y mujeres ofrecieron en entrevistas o grupos focales, donde se trataron cuestiones referidas a los géneros, resulta imposible negar que las identidades, tanto masculinas como femeninas, se han transformado a tal grado que hoy es posible distinguir las correspondientes a la *Modernidad* y a las del pasado. A pesar de que en la actualidad características que anteriormente correspondían a los varones aparezcan como rasgos identitarios de las mujeres, y viceversa, como es el caso de la sensibilidad, que anteriormente correspondía al género femenino y hoy puede ser una característica del ser varón, ello es posible, pues las identidades tradicionales se han trastocado y cada vez más se hace evidente que las diferencias entre los géneros se van reduciendo a lo estrictamente biológico.